COMENTARIOS A UN NUMERO DE «EL CORREO DE LA UNESCO»

La lectura del número de *El Correo de la Unesco* correspondiente al mes de marzo, titulado «América Latina. Esplendor de una cultura múltiple», me inspira los siguientes comentarios.

En primer lugar, hay que felicitarse por la magnífica presentación formal, que, de acuerdo con la tradición de esta acrisolada revista, constituye la mejor invitación a la lectura.

En segundo lugar, me atrevo, en cuanto al contenido mismo, a hacerle algunas observaciones, en mi deseo, más que nada, de contribuir a la reputación de *El Correo*... de ser objetivo y fidedigno, especialmente en un tema tan importante como el de la multiplicidad de una cultura, multiplicidad que suscita, a su vez, la de las opiniones.

El artículo «Trayectoria y presencia de la América Latina», escrito por Fernández Moreno con lucidez y competencia, aborda intrépidamente la siempre difícil tarea de definir una cultura: todas las culturas son múltiples, pero algunas, entre ellas la latinoamericana, más que otras. Se trata, sin embargo, de mosaico y no de *puzzle*, de un rompecabezas, porque entonces carecería de sentido. Sentido, por lo demás, que sólo se alcanza a nivel de la totalidad, por lo que es no sólo importante, sino imprescindible, el asumir todas y cada una de las facetas que la componen.

A menos de asumir esta globalidad es imposible que una persona, sea individual o colectiva, pueda comprender ni aceptar su propia identidad, condición indispensable para un mínimo de estabilidad no sólo psicológica, sino ontológica. En el plano individual, semejante hazaña, pues no es tarea fácil, está gráfica y admirablemente expresada por Fellini en su película *Ocho y medio*, en la farándula final, en que el protagonista abarca su vida entera, incluso aquellos aspectos o influencias menos gratas y afines. En un plano abstracto había dicho lo mismo Hegel con su «das Wahre ist das Ganze»; pero quizá Fellini, como artista, profundiza más que el filósofo, por cuanto describe una característica sumamente importante: la asunción se hace con alegría. Sentimiento éste que me parece rastrear en los pensadores de la baja Edad Media europea y destacadamente Nicolás de Cusa, cuando habla de la *coincidentia oppositorum:* ésta, como toda superación es una fruición.

Los elementos de esta auténtica estructura (¡ya salió la palabra ritual!), que es toda cultura, se encuentran, no obstante, irregular y casi diría maliciosamente repartidos y además entrelazados inextri-

cablemente. A lo profuso de los ingredientes y a lo confuso de su reparto se añade, para mayor complicación, el hecho de que el volumen que emerge a la superficie es inferior al que queda en las profundidades, como ocurre con el *iceberg*, por lo que escapa al análisis. De aquí que acaso la terapéutica apropiada fuera la del psicoanálisis, de la psicología profunda, pues donde hay que buscar muchas de las claves de esta personalidad, como de cualquier otra, es en el subconsciente y más todavía en el inconsciente. Nada más natural para una cultura tan múltiple, tan varia como la latinoamericana que tener sus propios complejos, que son los que precisamente atestiguan su riqueza. En definitiva, sólo las personalidades simples carecen de complejos.

Cabe preguntarse, por otra parte, si, como dicen los franceses, «le jeu vaut la chandelle», es decir, si a la altura de nuestro tiempo, practicar el tradicional «who is who» ofrece todavía interés. La identidad individual, la nacional e incluso la regional han perdido interés o importancia al menos, y casi su razón de ser, inmersos como estamos todos en este gran magma del «one world» en formación. La única pregunta que tiene aún vigencia dentro de este apresurado proceso de unificación bajo el signo de la técnica es la de saber... «à quelle sauce on sera mangé», si a la salsa americana o a la tártara (y empleo deliberadamente este último calificativo por su ubicación geográfica equidistante). Bromas aparte, forzoso es admitir que el empleo de satélites artificiales, con recepción directa, sin *relais* terrestre, junto a indudables beneficios, comporta el riesgo de convertir en satélites culturales a los países que no detentan esa tecnología. La tan sobada afirmación de McLuhan «the message is the medium» se encuentra aquí trágicamente confirmada.

Se me antoja reconocer en esta insistencia con que los latinoamericanos se recrean en la suerte de investigar sus orígenes un rasgo bien hispánico, pues somos los cautontimorúmenos más tozudos de la Historia universal. Llevamos siglos preguntándonos quiénes somos, lo que, por otra parte, no nos ha impedido contribuir a esta historia. Es cierto que el sociólogo George Simmel afirmaba que «las naturalezas nobles pagan con lo que son, no con lo que hacen». No lo es menos, sin embargo, que el mejor remedio para semejante incertidumbre acerca de la identidad (sobre la que inteligentemente discurre Octavio Paz en su reciente libro *Posdata)* es precisamente la acción, por cuanto es gracias a nuestros actos como llegamos a ser *in actu* lo que éramos en potencia. Con toda razón señala Fernández Moreno, frente al exabrupto de Hegel, que América se está moviendo ya en la Historia, que es, en definitiva, el único modo de contribuir a hacerla.

Peca de ambigua, no obstante, en orden a la eficacia de la pesquisa, la afirmación del articulista de que: «Entre las naciones que realizaron el descubrimiento, conquista y colonización del nuevo continente, tres eran lingüísticamente latinas: España, Portugal y Francia». ¿Qué quiere decir? Si alude a la magnífica y más conocida gesta francesa en la Luisiana y Canadá, nada más cierto, sobre todo si se considera que aquella presencia francesa, de haberse mantenido, es la única que hubiera podido asegurar la constitución de una auténtica América Latina, capaz de compensar la anglosajona. No es tan cierto, en cambio, si a lo que se refiere es a la presencia francesa en la América Latina, pues es difícil descubrir en ninguna de las etapas de su historia (descubrimiento, conquista y colonización) la menor sombra de participación francesa, si se exceptúa el simpático caso de Haití, que confirma la regla. Cosa muy distinta es la influencia francesa que llegó a América con los navíos españoles de la Ilustración y que se perpetuó con el positivismo y el modernismo. Así lo interpreta acertadamente el artículo de don Antonio Cándido «Literatura y subdesarrollo en América Latina».

Justo es apreciar en todo su valor la importancia de este «rayonement de la culture française» (que fue, por lo demás, universal), pero esto no debería inducir a considerar a Francia como madre fundadora de la América Latina. De otro modo, habría que incluir, puesto que de influencia se trata y que la región, por su envidiable juventud, está todavía *in fieri*, también a Alemania, puesto que los «maîtres à penser» de la juventud latinoamericana (y mundial, incluida la francesa) no son ya los Comte, Renan, Bergson, Anatole France, etc., sino Marx, Nietzsche, Freud, Heidegger, a los que, dicho sea de pasada, el Unamuno de *Sentimiento trágico*, el Ortega de *La rebelión de las masas* y la *Razón vital*, o el Antonio Machado de la poesía esencial, son tan afines. Esto es sólo una prueba de que la cultura (como la razón, según Hegel) también tiene sus tretas, o, para decirlo en español, que donde menos se piensa salta la liebre. En definitiva, la revolución cultural (modos y ¡modas!) se produce en todas las latitudes y en momentos y direcciones más inesperados.

Por otra parte, es lícito preguntar a Moreno por qué excluir, cuando de la latinidad se trata, al elemento italiano (el más cercano a los orígenes) y que, junto a sus valiosas aportaciones culturales, ofrece la más destacada de todas, la sanguínea, a través de su emigración.

Esto, en cuanto a la denominación de América Latina, tal como la interpreta Fernández Moreno, y que no deja de tener significación, pues es sabido que el hombre hace al hombre y... a la cosa. Quería ahora pasar a unos breves comentarios sobre diversos aspectos del nú-

mero de *El Correo*, a título de lector cándido, pues nada más ajeno a mí que el ejercer el paternalismo cultural, para el que no tendría ni la vocación ni la competencia. Por lo demás, *doctores ecclesia habet*, y la cultura latinoamericana tiene los suyos, que se ocuparán de definirla. Ahora bien, a mí me parece que si el número en cuestión ha de responder a su subtítulo «Esplendor de una cultura múltiple», sería deseable que reflejase el brillo de todos sus componentes, ya sean autóctonos, africanos o ibéricos, porque nunca pueden ser contradictorios, sino complementarios. Por lo que hace a los ibéricos, que son los que a mí me atañen, entiendo que no hay que olvidar su integración total a lo aborigen. No se trató, en efecto, de un fenómeno de mera aculturización, sino de auténtica integración racial, lo que induce a considerarlos no como un ingrediente más del *melting pot*, sino como formando parte del puchero mismo. Este, sin duda, es el criterio seguido por la Secretaría al desechar lo ibérico, de puro obvio, del estudio de las culturas de América Latina. Ahora bien, para citar a Talleyrand, «ça va sans dire, raison de plus pour le dire».

No en vano afirma el refrán que «la letra, con sangre entra», pues no de otro modo entraron las letras ibéricas, esto es, europeas, en América. No fue una operación pedagógica, sino un proceso vital, no se trató de magisterio, sino de paternidad, lo que logró constituir esa cultura mestiza, como certeramente señala Fernández Moreno, mestiza y no criolla, en cuanto resultado del matrimonio del varón ibérico con la mujer indígena. Aunque el mestizaje no es rasgo común a todos los países de la región, sí es la característica predominante de ésta. La cosa es importante, pues el «one world» será mestizo o no será, y la América Latina es el único precursor de ese mundo futuro y, por tanto, un modelo a retener.

Bien se comprende que, ante la dificultad de recoger en un solo número de *El Correo* todos los aspectos de una cultura pluralista, se haya preferido exponer aquellos más desconocidos, por periféricos, y que puedan sorprender más al lector, por novedoso. Presentar en la portada a Túpac-Amaru como «la imagen expresiva de la América de hoy», ¿no equivale a tomar la parte por el todo? Imagino que resulta muy atinada la elección, *ad captandum*, de este caudillo de la resistencia, a la que no fue ajena quizás la expulsión de los jesuitas, por una parte, y por otra, la política de los corregidores de obligar (con los abusos propios del uso del poder) a los indígenas a comprar productos, con el fin de incorporarlos a la economía del mercado, sacándolos de la mera subsistencia. Quizás se podría haber añadido, para alcanzar un mayor equilibrio informativo (máxime tratándose de una panorámica cultural) la figura de otro gran mestizo peruano, de una

figura de la *colaboración* como la del inca Garcilaso, precursor literario de los tres premios Nobel de la América Latina.

De otro lado, en el reverso de la portada de la revista aparece la plaza mejicana de Las Tres Culturas, pero enfocada de tal modo, que, eliminado el templo barroco y banalizado, y disuelto lo mejicano moderno, la trinidad cultural de la plaza se resuelve en la unidad del género humano, pero a través de una estampa más folklórica que humanista. Se ve allí, en efecto, como única figura, a una vendedora de flores con su hijo. Cabría opinar que, del conjunto de la presentación, no sale favorecida la espléndida floración mejicana, pues de ella sólo se muestran las flores naturales, no las artificiales, es decir, las culturales, como si éstas fuesen forzosamente las del mal...

Es lícito pensar que otros aspectos de la cultura en cuestión tampoco resultan favorecidos por el empleado enfoque (y utilizo este término porque de información fotográfica se trata). Por lo que hace al arte barroco, las fotos son poco representativas: así, por ejemplo, el maravilloso templo de Tepotzotlán se reduce a un detalle tan pormenorizado y trivial que no da la menor idea del conjunto. Otrosí puede decirse de la plaza de San Francisco, rebajada a la categoría de una plaza insignificante de cualquier ciudad hispanoamericana, sin la menor especificación quiteña.

Aun así, el arte iberoamericano resulta favorecido por comparación al precortesiano de Méjico, al maya o al incaico, que brillan por su ausencia.

Tampoco resulta afortunado el trato recibido por la moderna dimensión urbana, que a mí ni me parece reflejar adecuadamente la realidad arquitectónica de esta región, una de las más espléndidas de nuestros días. Claro es que no se puede exigir a *El Correo* convertir en norma aciertos gráficos tan extraordinarios como el «De la espontaneidad a la planificación», o el de la proteica imagen de Túpac-Amaru (aunque aquí el mérito es del artista peruano) que merecen incondicional alabanza.

Quería también hacer algunas observaciones acerca del artículo «Los barrotes de la realidad». En realidad, pues de ella se trata, el señor Adoum se refiere, más bien, a los barrotes que suponen los cánones artísticos, puesto que dice literalmente: «Basta comparar la inagotable riqueza de invención del arte popular o del arte rebelde con las obras de cualquier arte institucionalizado». Ahora bien, a poco que se considere, la realidad es, en efecto, una prisión, pero una prisión necesaria, si creemos a Freud, en el proceso de la formación de la psique. Por el contrario, que los cánones artísticos sean una prisión, no está tan claro como deja suponer el artículo. En efecto, si bien toda ver-

dadera (ya sea popular o minoritaria) creación artística es tradicionalista y canónica, el arte popular, folklórico, artesano, es precisamente el más rutinario, repetitivo, canónico y tradicionalista.

Así Goethe asegura que todo artista auténtico se propone conservar algo reconocido como sagrado, reproduciéndolo con seriedad y reflexión. En el mismo sentido afirma Heidegger que la creación poética ha de remontarse a las fuentes, y en esta misma opinión abunda Eugenio d'Ors: «En arte, todo lo que no es tradición es plagio.» No le falta razón al filósofo español si se considera que Picasso, para liberarse de la tradición occidental, hubo de plagiar a la negra, como Gauguin a la polinésica.

Pero independientemente de estas consideraciones de carácter general, llama la atención cómo el señor Adoum, a quien no parecen impresionar los fastos arquitectónicos, esculturales y pictóricos de esa segunda Roma que es Quito, insiste en negar la colaboración entre indios y españoles en el barroco americano. Para un examen equilibrado de la cuestión, es oportuno aducir otras opiniones a favor de la existencia de un auténtico barroco americano con propia personalidad no sólo frente al europeo, sino también frente al español. Así, Alejo Carpentier lo reivindica en ese mismo número de *El Correo,* como característica global de toda la cultura regional. Bernal Díaz del Castillo lo descubre desde el principio mismo de la conquista: «Tres indios hay ahora en la ciudad de Méjico tan primísimos en su oficio de entalladores y pintores» a los que compara con Apeles y Miguel Angel. Moreno Villa, por su parte, califica de estilo *Tequitqui* a la primera escultura hispanomejicana, paralela al arte mudéjar. Finalmente, a título de opinión personal, séame permitido señalar la vigencia del barroco en la literatura colombiana, como lo demuestra la utilización que de él hace García Márquez, a través de su versión más cercana al surrealismo, en su novela *Cien años de soledad.* A mí se me antoja, dicho sea de paso, que el hombre de que habla Quevedo en sus versos: «Erase un hombre a una nariz pegado / érase una nariz superlativa» es, en realidad, el fundador de la dinastía de los Buendía, famosos por su atributo viril.

Dicho esto es muy comprensible el afán didáctico del señor Adoum de hablarnos de las Cuentas de Puná, probablemente desconocidas de la mayoría de los lectores, por cuanto se echa de menos alguna imagen gráfica. Lo que sí es interesante señalar es que, mientras el articulista rechaza el barroco, se siente atraído por él... barro en que están elaboradas las cuentas. Esta preferencia por semejante materia pimigénica, adámica, me parece responder a una tendencia (¿profunda o moda?) del arte contemporáneo que se define arte bruto, natural,

antiartístico y, en definitiva, anticultural. La cultura, sin embargo, es la fiel compañera del hombre, su sombra espiritual y nadie puede saltar más allá, o más acá de su sombra.

Hablando de «Literatura y subdesarrollo en América Latina», se refiere Cándido al optimismo expresado en la literatura de los primeros cronistas de Indias sobre la naturaleza americana y sus posibilidades ilimitadas. Creo que este rasgo del optimismo merece ser analizado en su dimensión profunda, esto es, en su proyección histórica y cultural. Hay que tener en cuenta, efectivamente, que en el proceso constitutivo europeo el modelo de la Antigüedad fue dominante, casi obsesivo, hasta el punto de que el pretérito prevalecía sobre el futuro por más que dicho modelo actuase, de hecho, como estímulo y acicate. Con todo, la visión histórica era pesimista, puesto que la edad de oro había ya pasado. A esta dimensión pagana se añadía la cristiana, también regresiva en la medida en que el acontecimiento supremo de la historia de la Humanidad, el nacimiento de Cristo, pertenecía ya al pasado. De aquí la importancia de la emergencia de todo un continente nuevo, sin vínculos, al menos directos o aparentes, con el resto del mundo, para el que no eran válidos los patrones de la Antigüedad. La revolución profunda que esto supuso la captamos comparando la diferente perspectiva histórica adoptada por los humanistas italianos y españoles. Representativo de los primeros es Maquiavelo, y si lo escojo es precisamente por ser el más político de todos ellos: no en vano es el fundador de la «Realpolitik». Pues bien, Maquiavelo, para conocer a sus coetáneos alemanes escoge como Baedeker el Germania ¡de Tácito!, según señala Maravall. El mismo espléndido aislamiento respecto a la realidad presente se refleja en la celebérrima carta a Francesco Vettori. Contrasta esta actitud con el optimismo progresista de los cronistas de Indias. Así López de Gomara: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de América»... que, viene a decir, ha «echado atrás los espantajos de los antiguos». Así también Fernández de Oviedo señala datos americanos que «no se pueden aprender en Salamanca, ni en Boloña, ni en París».

Este entusiasmo por América, quizás por tan exaltado, no compartido por muchos grandes europeos (Voltaire, Buffon, De Pauw, Hegel, Papini, Keyserling) fue heredado, pero no superado, por los escritores de la independencia, y subsistió hasta 1950, según Cándido. Este señala que fue sustituido entonces por la conciencia del subdesarrollo económico, social, cultural. En este contexto indica, asimismo, que, dado el subdesarrollo sufrido también por España y Portugal, los latinoamericanos resultan más afines a sus ex metrópolis que los afro-

asiáticos de las suyas. El fenómeno es cierto, pero hay algo de ambigüedad en la interpretación que le da el articulista, pues esa mayor proximidad cultural se debe no tanto a que los escritores ibéricos estén más atrasados que los europeos, como a que los latinoamericanos están más adelantados que los afroasiáticos. Este adelanto data del siglo XVI, pues no hay que olvidar que la Universidad de Santo Domingo es de 1538 y las de Méjico y Lima de 1553. Gracias a este carácter prematuro de la cultura americana resulta a la vez sorprendente y explicable el que desde sus albores produzca tan estupendos escritores. Sor Juana Inés de la Cruz, el inca Garcilaso, Ruiz de Alarcón, son tan buenos como sus coetáneos españoles. Incidentalmente habría que repetir aquí, apropósito de la conquista, el dicho latino de que Grecia vencida por Roma supo conquistarla, pues como muy bien señala Cándido, los ibéricos al escribir *ex abundantia cordis* legaron así una tradición literaria de amor a la tierra americana, que es la que permite esa «tarea de fabular y de nombrar» a que alude Neruda.

Dado el ímpetu impreso a la literatura americana desde un principio, se comprende que ya a fines del XIX hubiese adelantado a la ibérica (con el modernismo, tal como oportunamente señala Bareiro en «La Literatura iberoamericana, crisol de culturas». Resulta, por otra parte, a primera vista paradójico, pero en realidad es lógico, que los escritores latinoamericanos, menos embarazados por la tradición (que el señor Bareiro no vacila en calificar de ajena, de prestada), se mostrasen menos remisos que los ibéricos en beber de otras fuentes, muy destacadamente de las francesas. A partir de entonces es más que natural que las letras americanas quisiesen estar cada vez más abiertas a los cuatro puntos cardinales, a fin de ensanchar su horizonte y enriquecer su caudal. Esa expansión universal, bien entendido, se compadece perfectamente con la concentración interior: otredad e identidad se armonizan, no se excluyen: con razón dice Borges, «yo soy los otros». La tradición literaria ibérica permite, por lo pronto, un suplemento de antigüedad. De hecho la literatura iberoamericana nace ya madura, como Atenea de la cabeza de Zeus. Así, por ejemplo, se ha podido decir que el gran poema *Martín Fierro* equivalía a la épica castellana, pero ni la pampa es meseta, ni el gaucho el Cid. La realidad es que José Hernández pudo escribir otra cosa que el Poema del Cid, precisamente porque éste se hallaba ya escrito. Todo antecedente constituye, ciertamente, un vínculo espiritual y se puede sentir, o resentir, como una atadura. Un poeta francés exclamaba: «Qui nous délivrera des Grecs et des Romains», del mismo modo que un proverbio español dice: «Al maestro, cuchillada», y el señor Bareiro pa-

rece pertenecer a esta corriente de pensamiento, cuyo emblema pudiera ser el complejo de Edipo: la revuelta contra el padre.

Podría citarse más de un representante de esta corriente, pero me voy a atener únicamente a uno de los más destacados, el peruano Jorge Guillermo Llosa, tal como se expresa en un interesante artículo «Paradoja y extrañeza de América», en el número 46 de la *Revista Humboldt*. Allí se queja de que «a partir del descubrimiento estamos habituados a considerar nuestro contorno con escalas y modelos importados», pese a que, «América tiene su propio ritmo, sus equinoccios y solsticios, sus pleninulios y menguantes, sus círculos agrícolas meteorológicos», y, por tanto, «es el universo... en el que debemos inspirar nuestro lenguaje, el sentido de nuestras metáforas, las formas y colores del arte y de la arquitectura...». Indudablemente Llosa tiene razón en predicar este retorno a las fuentes autóctonas donde todo pueblo debe beber su inspiración artística. Esto tiene, ciertamente, más sentido que la pretensión porteña, a la que más tarde me referiré, de quedarse a medio camino a beber en aguas del Sena. Resulta, pues, acertada la recomendación de Llosa de que el texto literario responda al contexto general, al medio ambiente. No hay que incurrir en el gracioso disparate de los textos escolares franceses, que hacían recitar a los niños africanos, «nos ancêtres les gaulois». Quizás esto explica el poco aprecio que del *castellanismo* literario se hizo en América, es decir, de la exaltación de los valores líricos de la meseta, que culmina, dentro de la generación del 98 en Unamuno y Machado, prefiriéndose, en cambio, el andalucismo por más afín al paisaje natural y humano de América, de Juan Ramón Jiménez y García Lorca. Sobre este tema de la dificultad de traspasar metáforas literarias de un continente a otro recuerdo un divertido ensayo de Aldous Huxley, *Wordsworth en los trópicos*.

Una lengua, sin embargo, no se reduce a los tópicos, los temas, las metáforas, como muy bien ha visto Miguel Angel Asturias: «Los escritores de la América de lengua española y... portuguesa tienen manos numerosas, brazos numerosos, ojos y oídos innumerables, un olfato universal, un tacto universal.» Universalidad que resplandece paradigmáticamente en poetas como Borges (tan documentado en literatura universal por lo menos como Eliott) y César Vallejo (tan transido de lo humano universal). Lo cierto es que, a través de la lengua y literatura ibéricas, los escritores latinoamericanos entraron de rondón, y por la puerta grande, en la *Weltliteratur* que postulaba Goethe, es decir, concebida como una literatura del universo nivelada por las cumbres.

Los fracasos en el intento de creación de una lengua nacional, destacadamente en Argentina, Brasil y Méjico (según indica Bareiro), parecen demostrar, por una parte, que el español o el portugués no

reducen, sino que potencian al escritor latinoamericano, y, por otra, que la lengua es algo mucho más profundo o importante que un mero instrumento, que una pura forma. La lingüística actual pone bien de manifiesto que la lengua pertenece a la raíz ontológica del hombre y que, por tanto, no puede expresar un contenido cultural cualquiera. Lengua (y a fortiori la literaria) y cultura están intrínsecamente unidas no sólo por lo que acabamos de decir, sino también por cuanto la cultura no se reduce a la dimensión intelectual, erudita, sino que ha de ser entendida asimismo como forma de vida. Quiere decirse que el modo de concebir la muerte, el amor, el trabajo, la religión, no es indiferente para el escritor, sino que guía su pluma: vino nuevo y odre viejo son igualmente válidos. Así hay que concebir el proceso de creación artística, la más individual de todas las creaciones, esto es, enmarcada en su tradición y su sociedad.

El escribir en español comporta una cierta *forma mentis* hispánica si, como parece cierto, la lengua es simultánea (pues prefiero no entrar a definir primogenituras) con el pensamiento. Pero a un nivel mucho más profundo que el mental, la lengua imprime una forma sentimental, casi diría yo visceral, pues por algo se la llama materna, es decir, transmitida ya al feto. En este sentido la lengua «sangre de mi espíritu» para Unamuno, en su último cogollo resulta intraducible *(traduttore, traditore,* en verdad), como pretendía el mismo poeta cuando decía en su celebérrima letanía de las ciudades españolas que eran «el tuétano intraducible de nuestra lengua española». Bien sé que con agudeza le ha reprochado Octavio Paz semejante «arribato patriótico», pues se trata, según él, de algo «perfectamente traducible que alude a una experiencia universal», expresada por muchos poetas en sus propias lenguas, y en prueba de lo cual cita el verso de Victor Hugo «et tout tremble, Irún, Coìmbra / Santander, Almodóvar, Si tôt qu'on entend le timbre / des cymbales de Vivar». Si he tratado de manera pormenorizada esta confrontación es por entender que, mientras la poesía de Unamuno da el tuétano de la España esencial, el oro, la de Victor Hugo sólo da la corteza, el oropel. Ello se debe no sólo a la diferente vena poética de uno y otro, sino también, y sobre todo, al hecho de que Unamuno es hablado por el español y Victor Hugo por el francés, para emplear la terminología de la moderna lingüística.

Sin embargo sé perfectamente que es muy habitual entre los hispanoamericanos, sobre todos los argentinos, basándose, con razón, en la liviandad de la tradición colonial de su país tan abierto al exterior, al mar, el restar importancia a la lengua, reduciéndola a lo formal. Muy frecuentemente se me ha dicho que la lengua argentina era es-

pañola, pero que la cultura era francesa, simbiosis harto difícil, aun reconociendo el enorme impacto parisino sobre Buenos Aires.

La afirmación es dudosa, en efecto, por el carácter de tuétano y, vísceras de que acabamos de hablar. Así, por ejemplo, el gran poeta argentino Jorge Luis Borges ha aludido a lo que yo llamaría plasticidad del castellano, su increíble adaptabilidad a expresiones subjetivas, como *me amaneció*, algo que Américo Castro atribuye a la influencia árabe, y que para mí se manifiesta muy especialmente en la riqueza del diminutivo y el aumentativo. En este sentido Borges dice (cito de memoria) que solamente en español se pueden escribir frases como ésta: «la niña estaba solita en casa». Aunque se equivoca en este caso concreto el ilustre poeta, pues en una conocida aria de *La Boheme* se canta «sola, soletta», en términos generales tiene toda la razón. En cuanto al aumentativo, yo dificulto que ninguna otra lengua pueda expresar tan rotundamente lo que el término español *calzonazos*.

Ahora bien, esta servidumbre (que pesaría igualmente sobre escritores latinoamericanos y españoles) no lo es tal, no es obstáculo, sino trampolín. Esto no quiere decir, en absoluto, que considere el castellano como una lengua privilegiada; lejos de mí el *chauvinismo* cultural, que es el más necio de los nacionalismos. No cabe desconocer que la lengua española se ha expresado filosófica y científicamente en menor proporción que la alemana, inglesa o italiana. Es verdad que cada lengua tiene sus excelencias y también sus lagunas y defectos, como sabe todo aquél que habla más de una. De aquí quizás es el proverbio inglés que dice más o menos (cito de memoria): «aquel que habla más de un idioma es un bribón», en el sentido de que se beneficia y a la vez es víctima del pluralismo cultural de contenido, que se deriva de todo pluralismo lingüístico. Nace así una cierta duplicidad, ambigüedad, cierto, pero también una riqueza a la que no renuncian los políglotas, a quienes con excesiva ligereza se tacha de pedantes y rastacueros.

Queda claro que esta fidelidad a la lengua puede ser sentida o resentida, si se concibe como un paternalismo para el futuro, y no como una filiación desde el pasado. En todo proceso evolutivo, el término *ad quem* es siempre más importante que el término *a quo*. Quiere decirse que la afiliación lingüística no equivale a una exigencia de purismo: éste, como todo puritanismo, es de signo negativo. La lengua, precisamente por ser algo vivo, es capaz de regenerarse aun a riesgo de ciertas degeneraciones, producto, más que del *genius loci*, de extravagancias periféricas. Los esquejes del habla cotidiana y regional pueden injertarse, como señala Bareiro, en el común tronco castellano-portugués.

¿Qué cabe concluir de todo esto? Yo diría que la moraleja es que cualquier cultura, y no sólo la latinoamericana, debe practicar, de un modo u otro, el «retour aux sources», siempre y cuando se asuma toda y no sólo parte de su tradición, si bien los elementos diversos pueden recibir diferentes valoraciones. Pero además de este baño en las aguas originales, una cultura en formación, como es el caso de la latinoamericana, dispone del agua de la Juventud, que es su propia infancia biológica, gracias a la cual el porvenir le ofrece toda clase de posibilidades. Concebida de tal suerte, si la literatura de esta región, en cuanto latinoamericana, se proyecta en el futuro hacia el universo mundo, en cuanto iberoamericana, sus fronteras son de entre las más antiguas de Occidente, tanto en la lírica, a través de las jarchyas arábigo-andaluzas, como en la épica. Por si esto fuera poco, a esta vetustez propia se suma la profundidad temporal de las raíces indígenoamericanas, potenciando al infinito las posibilidades que se ofrecen al escritor de esta cultura verdaderamente múltiple.

Es legítimo pensar que mis observaciones contengan más de lucubración que de auténtica especulación, en cuanto propenden a cortar, como vulgarmente se dice, un pelo en cuatro. Valga de atenuante, sin embargo, la consideración de que el mester intelectual responde no sólo a la inspiración de la musa, sino que es también tarea de artesano, y en este sentido resulta saludable comparar al intelectual con el peluquero.

Es de esperar que este magnífico número de *El Correo* suscite, a modo de sinfonía incompleta, ulteriores comentarios, reservas, matices, que sirvan para enriquecer y clarificar este importante tema. El proceso dialéctico queda abierto, y bien abierto, ciertamente, constituyendo una oportuna introducción al estudio de las culturas latinoamericanas, que la Secretaría de la Unesco, con la ayuda de expertos y consultores, estará conduciendo con un espíritu verdaderamente *unesquiano*, es decir, de apertura, objetividad, lucidez y veracidad. Espíritu que a veces se ve contradicho por exceso de celo, así, por ejemplo, como cuando Taine preguntaba a un estudiante que marchaba a Inglaterra: «¿Y qué hipótesis se propone usted demostrar allí?» Mucho mejor que demostrar es mostrar, y quizás el mejor medio de evitar que una exposición resulte tendenciosa es que se limite a exponer las diversas tendencias en presencia. En este sentido dicho estudio debería inspirarse en el magnífico trabajo «Las principales tendencias de la investigación en las ciencias sociales y humanas», también publicado por la Unesco.—*EMILIO GARRIGUES (UNESCO, 2 place Fontenoy, PARIS VII).*